

DUELO EN EL CORRAL OK

Burt Lancaster, Kurt Douglas. Western.



Síntesis

El tiroteo en el O.K. Corral fue un suceso de proporciones legendarias que ha sido llevado al cine en numerosos westerns. Ocurrió cerca de las 14:30 del miércoles 26 de octubre de 1881, en un solar desocupado, conocido como solar 2 del bloque 17, detrás del corral de Tombstone (palabra tomada del español, que identifica el lugar donde se reúne al ganado para sacrificarlo), Arizona, Estados Unidos. Se realizaron treinta tiros en treinta segundos.

Wyatt Earp, Morgan Earp, Virgil Earp y Doc Holliday lucharon contra Billy Claiborne, Frank McLaury, Tom McLaury, Billy Clanton y Ike Clanton. Ambos McLaury murieron, al igual

que Billy Clanton.

EL ANÁLISIS

por
Hugo Cuccarese

El personaje de Kurt Douglas encarna a un hombre refinado, elegante y muy apasionado, pero ante todo encarna a un jugador hábil, un borracho empedernido y un pistolero eximio, aunque tiene una profesión: es odontólogo, de allí que lo llamen “Doc”. Además es hábil con el lanzamiento de cuchillos y anda con una mujer de mala fama que no ama, pero de la cual nunca puede terminar de separarse, pues nunca llega a saber bien cuáles son sus sentimientos por la bella mujerzuela.

El personaje de Burt Lancaster, en cambio, es más frío y más pensante; más reservado, más misterioso. Es el sheriff del pueblo. Un hombre noble, valiente y

rápido con el revólver, quien sigue las leyes como si fueran las de las tablas divinas - las que, encima, hace cumplir a raja tabla- a quien sea que se le cruce en el camino.

Enseguida puede verse que estos dos gigantes de la pantalla grande (Lancaster y Doglas) comparten aquí, en este clásico filme de western no sin competir con sus magistrales actuaciones por alcanzar, de escena en escena, el podio del protagonismo.

La historia comienza mostrando que el personaje de Kurt Doglas, "Doc", quien interpreta a un dentista de profesión, que ya conocía al personaje de Lancaster cuando tiempo atrás, por una consulta odontológica, lo había atendido para sacarle una muela. En un momento, Doc tiene una reyerta con un pistolero menor en una partida de póker a quien ajusticia rápidamente, matándolo de un certero disparo. La gente del pueblo que, por engreído y sobrador lo ve con malos ojos, lo quiere linchar pese a haber resuelto el asunto en defensa personal, y es ahí precisamente cuando el incorruptible y correctísimo hombre de ley entra en acción. Tratando de no levantar sospechas y sin que nadie se entere, en lugar de cuidar al prisionero, le quita sorpresivamente las esposas lo ayuda a escapar. Doc, quien siente una gran valoración por el concepto del honor, monta rápidamente en su caballo, y antes de marcharse, le dice al comisario que no parará hasta ver saldada su deuda con él. Pero al recto hombre de ley parece no importarle en absoluto la deuda que involuntariamente y muy a su pesar ha contraído con el pistolero, quien se pierde a todo galope, dejando en el camino no solo una gran polvareda sino también una mala impresión en la memoria del sheriff.

Lo que nadie supondría en este punto es que al llegar a otro pueblo, Doc volvería a encontrarse cara a cara con el comisario cuando éste, presa de ese romance ingobernable que tiene con el juego y el alcohol, se mete nuevamente en problemas. A partir de este momento la historia ya está configurada: todo avanza hacia las peripecias que encuentra el personaje de Doc en cada pueblito, cada vez que intenta saldar su deuda con el hombre que lleva la placa de sheriff, de quien, por supuesto, termina haciéndose amigo muy a pesar de lo que cada uno siente en el fondo por el otro. El comisario, aunque no le agrada demasiado la forma en que Doc suele conducir su vida, de algún modo y por algún extraño lazo transferencial se preocupa por él y trata de cuidarlo como si fuera un hermano menor. Durante el transcurso de la historia, podemos ver cómo Lancaster, el hombre que encarna la ley en el semblante, le dice al personaje de Doglas cada vez que se separan y cree que no pasará mucho tiempo para que se meta en problemas:

-¡Hey, Doc!

Y Doc se detiene, se da media vuelta y le contesta como siempre, con una sonrisa cómplice en los labios:

-Si, si, ya sé; ni cuchillos, ni armas, ni muertos.

El comisario sabe perfectamente que Doc posee una habilidad sin igual para crear problemas en cada lugar al que va, pero de todas formas siempre lo defiende –aunque no le simpatice en absoluto- pues comprende que casi nunca es por culpa suya sino más bien por culpa del alcohol, las apuestas y las mujeres con las que no puede –ni quiere, muy dentro suyo- abandonar y desligarse por completo. Este es el síntoma con el que tiene que lidiar a lo largo de todo el filme el personaje y la raíz fantasmática de su vínculo con el fantasma del otro personaje.

En la medida en que en esta pintoresca historia van sucediéndose los hechos nos va quedando, poco a poco, el sabor de que estos dos protagonistas, antagónicos por antonomasia (el que representa a la ley y el que la trasgrede), son, en el fondo de sus seres individuos totalmente iguales, como las dos caras de una misma moneda, y una noche, Doc se lo dice al sheriff en el impase de un viaje que realizaban juntos:

-...en el fondo nosotros somos iguales, nos diferenciamos sólo por la placa.

Y al ver la indiferencia que le devuelve el sheriff, agrega, con visible mordacidad:

-¡Qué! ¿No te gusta que te dé sermones, predicador?

Doc se encuentra afectado por una enfermedad que nadie sabe, pues es algo que nunca se dice. Nadie habla de ella. Ni siquiera él. Doc tose a menudo, y lo hace cada vez con más frecuencia, como si se quisiera mostrar al pasar un detalle, un rasgo pequeño y sin importancia que, sin embargo, con el correr de la cinta va volviéndose cada vez mas llamativo y misterioso para el espectador, hasta que al final termina agonizando en el cuarto de un hotel. Pero después se recupera, casualmente- ¿Cuándo? Cuando el sheriff se presenta en su habitación a pedirle que lo ayude a pelear contra una familia de bravucones que asedia al pueblo en el que ellos se encuentran. Allí le vuelve la vida al alma.

Hay una escena en que el adusto sheriff y su amigo, el bandido incomprendido, vienen cabalgando juntos por la pradera y, en un momento dado se detienen frente a la cámara, en un soberbio primer plano, solamente para que el personaje de Doc pueda toser. Entonces se ve la imagen de los dos jinetes congelada sobre el rústico follaje y se escucha a lo lejos el “coff, coff” de sus congestionados bronquios. Simplemente eso, tose. Tose y siguen cabalgando lentamente. Este no es un detalle menor aunque a simple vista pueda parecerlo, pues con él no solo se muestra ese ritmo armonioso y aletargado que sirve para adentrarnos suavemente en la historia que nos están contando, sino también sirve para mostrar la importancia que va

cobrando la enfermedad –no dicha- de Doc, y cómo ésta va empeorando paulatinamente a lo largo del filme.

Al final, paradójicamente y en forma sorpresiva se dan vuelta los papeles y el incorruptible hombre de ley le dice a su amigo el bandido, cuando en un momento los malvivientes que asediaban a la gente del pueblo asesinan a su hermano menor a sangre fría:

-Doc; ahora lo haremos a tu modo.

Y Doc le contesta, poniéndose del lado de la ley:

-¡No!. ¡No arruines toda una vida dedicada a la ley! ¡Tú no eres así!

Entonces el sheriff le contesta, perdiendo ya la compostura:

-¡Al diablo con todo! ¡Es mi hermano!

Lo que nos muestra esta atrapante historia es que las dos figuras protagónicas que, calculadamente se encuentran puestas contrapuestas (el que hace respetar la ley todo el tiempo y el que la trasgrede permanentemente) por más que se detesten por tener ambos personalidades diferentes, poderosas y chocantes, en el fondo de su ser se atraen mutuamente y se necesitan, tal y como si con sus posiciones representaran cada uno el yin y el yang. Y una prueba de ello es cuando Doc, que se encuentra agonizando en la habitación del hotel, quiere ir a ayudar a su amigo en el duelo final - que transcurre justamente en el Corral Ok-, y antes de salir su novia le ruega:

-“¡No vayas, te matarán!.

A lo que él le responde:

-Si voy a morir... déjame hacerlo con el único amigo que tengo.

La escena final pinta la esencia de los personajes y su definitiva transformación. El personaje de Lancaster finalmente deja la estrella de comisario y se marcha del pueblo donde dirimieron el duelo final, en el cual mucha gente ha muerto, para reencontrarse después con su antigua novia, comprarse un rancho y comenzar una nueva vida de campesino lejos del mundanal ruido de las balas y las reyertas de los bares. Pero inesperadamente y sorprendiendo las expectativas del mismo espectador, puestas en el crecimiento de Doc, el personaje de Kurt Douglas no cambia para nada. El sheriff, al encontrarlo a la mañana del día siguiente sentado en la barra de la cantina bebiendo solo, le dice:

-¿Cuándo vas a ir a ver a un médico? Como estás, no vas a durar ni dos meses.

Entonces Doc lo mira de costado, muy lentamente y, con su clásica sonrisa de ganador, le contesta:

-¿Qué? ¿Y abandonar esta racha de buena suerte? ¡Ni loco!

Cuando el ahora ex comisario le dice “me marchó, Doc”, es porque de alguna manera ha encontrado en una mujer el amor transformador que buscaba y con el que ha logrado sustituir transferencialmente el otro amor que –a pesar de la rivalidad- había encontrado –sin buscar- en el bandolero que terminó siendo su amigo.

Este es el momento en que se abren los caminos para estos dos monstruos de la pantalla grande que han sabido brindar a lo largo de todo el filme dos espléndidas caracterizaciones, dos tipologías marcadamente opuestas pero complementarias al fin. Dos hombres duros y solitarios; dos hombres con grandes y brillantes temperamentos. Tienen profesiones y vidas diferentes, pero aún así poseen fuertes y visibles similitudes en lo interior. Entre ellos hay un punto de encuentro maravilloso, imperdible, quizás, para el espectador atento: la palabra que se da. La palabra que se compromete y que se defiende con la vida.

Estos dos hombres encarnan en el abrasante calor del Oeste a esos viejos hombres de palabra de los que ya no abundan por allí, ni por aquí. Hombres nobles y valerosos que lucharán siempre por nobles y valerosas causas, enredándose en cada pueblo y en cada cantina, con una dama, con una copa y con un par de ases bajo la manga en una nueva reyerta de bandidos que solo resolverán con la justicia del revolver -y sólo, excepcionalmente- con la justicia de la placa.

Uno de ellos ha aprendido su lección modificando el rumbo de su vida para siempre; el otro, en cambio, no ha logrado encontrarse a sí mismo todavía, por lo que permanecerá en el mismo camino durante un tiempo más: tal vez es esa la decisión que ha tomado el personaje de Doc, la de no cambiar, la de seguir siendo siempre él mismo. Cada uno por su lado estarán siempre dispuestos si es necesario a dar la vida por la del otro con tal de hacer cumplir la palabra que se dieron, la palabra que los une y que sostienen como si fuera su arma o su bien más preciado, la vida misma. Nos referimos a la palabra que en el fondo no remite más que hacer cumplir la ley de los hombres, que al fin y al cabo no es más que la ley de siempre: La ley de la palabra.

La historia concluye cuando la deuda que contrajo el uno con el otro queda finalmente saldada de los dos lados. Por eso vemos que son tan parecidos entre sí

estos dos personajes, porque el sheriff, aunque no juegue al póker se juega la vida cada vez que intenta hacer cumplir la ley; y el jugador empedernido si bien no le interesa ser esclavo de la placa, de algún modo, la respeta y la defiende cuando hace cumplir su palabra a como dé lugar. A los dos les interesa la equidad, porque los dos son hombres justos y correctos, lo que se dice “hombres de bien”; “hombres de ley”. Pero, claro está, cada uno desempeñará aquí su papel, a su modo.